

FIN DE SEMANA

EL ENEMIGO SE ACERCA

En la última semana el enemigo ha hecho nuevos y desesperados esfuerzos por acercarse a Madrid. No tenemos motivo ninguno para negar que ha hecho algunos progresos, aunque poco significantes. Su táctica no es, por lo demás, romper un portillo en nuestras filas y lanzar por él una pequeña tromba de invasores, porque sabe que cualquiera que fuese su volumen, esta cuña sería inmediatamente aniquilada. Lo que los facciosos pretenden es ir encerrando a Madrid en un cerco de hierro. Cerrarle una a una todas sus entrañas, apretarlo por distintos lados, preparar así el ataque por varios sitios, y llegado el momento, descargar sobre él un torrente de fuerzas. Por esto atacan por varios puntos, y en cada punto se preocupan de obtener tal o cual posición estratégicamente importante para el cerco. Pero todas las tácticas tienen sus quiebras. Madrid ha sentido la gravedad del peligro. Gracias, en primer lugar, a la actividad del Partido Comunista, las grandes masas populares madrileñas se han levantado en actitud de combate. Las enormes fuerzas de la ciudad están apercebidas y se preparan con fervoroso entusiasmo. Muy pronto veremos de dónde parte el torrente de hierro y muerte que decida la contienda. Nosotros insistimos en que todo el Madrid antifascista debe mirar el peligro cara a cara, sin debilidades, sin optimismo ni pesimismo, sin exaltarse ni deprimirse, sino con la conciencia serena de que debemos prepararnos, organizar activamente la defensa, trabajar en las fortificaciones y alistarnos en las filas combatientes, y tener la seguridad de que, haciendo todo esto y luchando con la decisión de los grandes días, venceremos sin duda.

TODOS LOS HOMBRES, MILITARIZADOS

El Gobierno ha acordado militarizar a todos los hombres de veinte a cuarenta y cinco años. La medida arrastra a las filas del Ejército a un contingente enorme de antifascistas que, por una razón u otra, permanecía hasta ahora alejado del servicio activo de guerra o lo prestaba donde mejor le parecía, a su particular saber y entender. Todos estarán ahora encuadrados en las funciones que el mando considere más adecuadas para cada cual. Terminaremos al fin con el desbarajuste de hacer cada uno lo que le venga en gana, que no es, en muchos casos, lo más conveniente para la guerra. Lograremos asimismo desarrollar inmediatamente una fuerza inmensa. Los miles y miles de hombres que el Gobierno planta ahora organizadamente contra los facciosos formarán una avalancha incontenible. Nosotros creemos que ésta será una fuerza decisiva. El enemigo que se ha lanzado a la tremenda aventura de acercarse a Madrid debe recibir en los frentes de la capital un golpe tan rudo que no sólo le aleje de nuestras puertas, sino que sepulte al fascismo en las tierras de España.

LA U. R. S. S. FRENTE A LAS MANIOBRAS IMPUNISTAS

Todas las maniobras de los fascistas y las timideces de los Gobiernos de Francia e Inglaterra en el Comité de Londres han sido nueva y vigorosamente rechazadas por la Delegación soviética. Quejan los fascistas ganar tiempo, proponiendo trámites dilatorios; por ejemplo, que la U. R. S. S. explicara más ampliamente el sentido de su última nota. El

camarada Maisky se negó. La nota no necesitaba más explicaciones. Ante una actitud de tal firmeza, que descubría la mendacidad de los Gobiernos fascistas, los representantes de Francia e Inglaterra inventaron un nuevo procedimiento dilatorio: enviar observadores a las costas españolas. ¿Por qué a las costas españolas? ¿Por qué no a las costas y los puertos portugueses, como lo había propuesto la U. R. S. S.? Francia e Inglaterra saben muy bien que la investigación en las costas españolas es perfectamente nula. En cambio, en los puertos portugueses podría haberse comprobado una vez más la ayuda del fascismo internacional a los facciosos. Esto era precisamente lo que Francia e Inglaterra querían evitar. Querían que la investigación fuese una cosa formularia. Por esto la rechazó el Gobierno soviético. La firme y consecuente actitud de la U. R. S. S. en el Comité de Londres ha sido la mejor defensa que ha tenido no sólo el pueblo español, sino todos los pueblos democráticos del mundo.

LITERATURA PARA GANAR LA GUERRA

Hemos recibido una nota del Ministerio de Instrucción Pública, que publicamos en otro lugar. Resaltamos el interés del propósito. La idea, embrión de esa otra gran idea que alienta de una Editorial de Estado—joven, nuevo, fuerte, ambicioso y cubierto de las cicatrices de la lucha—, va a remover un poco entre nosotros el concepto hermético, plúmbeo y ceremonioso de la cultura. En realidad, el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes jamás se preocupó de la cultura ni del arte. A lo más sirvió, en los mejores tiempos de la República, para inaugurar unos risueños parques escolares. Estuvo bien. Pero tuvo que provocarse una guerra civil, que ocupara esa cartera ministerial un comunista, para que el arte y la cultura tuvieran atención. Atención desvelada de las mejores inquietudes. Ahora sí, escribir, dibujar, va a ser una cosa noble. Nuestro pensamiento tiene el acicate de quien mejor sabe reconocer y exaltar las virtudes imaginativas y creativas: un marxista. Adelante, pues, en la tarea de sacudir los pilares cubiertos de la cultura imponible. Basta un plumazo, un lápiz, un pincel y sin gerundios, para promover e iniciar toda una revolución en la cultura. Como ahora, la cultura, el arte, los músculos, la vida, han de dedicarse para ganar la guerra, cuanto se escriba y cuanto se haga, ¡para ganar la guerra! De la guerra, después, entre otras victorias, nos quedará también un estilo nuevo, una gracia nueva, una emoción nueva, una literatura capaz de contar el triunfo.

LA MILITARIZACION DEL PUEBLO MADRILEÑO

El oleaje movilizador de las multitudes madrileñas producido en la pasada semana como consecuencia de la enorme agitación efectuada por el Partido Comunista y el ALTAVOZ DEL FRENTE, no se recoge con la organización necesaria para que su eficiencia tuviera la eficacia necesaria. Todos los Sindicatos y organizaciones populares se lanzaron rápidamente a movilizar a sus organizados; pero esto se hacía sin la coordinación precisa. Rápidamente quedaron constituidos una serie de batallones ligados a las organizaciones que los formarían. Cada

uno de ellos quedaba adscrito a una entidad y fuera de la órbita unificadora que diere unidad a la movilización del pueblo madrileño. La agilidad, la rapidez precisada por la guerra se veía amenazada por esta multiplicidad. Se echaban de ver normas que encauzaran el alud bélico que las multitudes suponían.

La incorporación definitiva de la mujer a los trabajos de retaguardia, hoy desempeñados por personal masculino, no tiene aún efectividad práctica, seguramente por lo inorgánico de la movili-

ción societaria. Y esta medida es una necesidad sentida por la realidad guerrera, que no puede dejarse para última hora si queremos eficacia en la movilización.

La militarización de los hombres desde los veinte a los treinta y cinco años dictada por el Ministerio de la Guerra viene a solucionar la unidad movilizadora de que hablábamos más arriba. Pero a esta medida debe seguir la utilización de la mujer en trabajos de retaguardia, si se quiere efectividad en la primera. La una debe ser consecuencia de la otra. La gravedad del momento impone esta línea de guerra.



PENAGOS
XXXXVI

(Dibujo de Penagos.)

CARTEL DE GUERRA La guerra está comenzando

Por César FALCON

¡La victoria es nuestra! Es todo un grito oficial. Uno lo ha tenido clavado como una cuña indarraigable toda la vida. La victoria es nuestra hasta cuando se pierde. Nuestra victoria, ésta que hoy se decide con perspectivas mundiales, está hecha de esas treguas horribles de la cárcel, el tormento y los patíbulos.

Pero ahora este grito de afirmación, tan pleno y tan seguro, nos coge para clavarlo maduro con las armas del combate.

Madrid lo saludó sin extremos de júbilo. Tenía que llegar. Sin él, de todos modos, Madrid está dispuesto a labrar su victoria. No debe perder este anhelo ni esta convicción. Como hace cuatro días, queremos registrar el pulso de Madrid. Nadie sea tan vil ni tan imbécil que crea que la victoria nos la va a ganar nadie. El poder de las armas no es capaz de hacer milagros. En



la guerra no puede haber San Isidros ni ángeles labradores.

Bien que se haya mejorado el material de guerra. Al mismo tiempo, se debe mejorar el material moral, el ánimo y el coraje. Que las buenas máquinas protejan buenos soldados. Si no, las máquinas no sirven para nada. Y es ahora cuando tenemos que probar que la adquisición de la victoria para nosotros no depende del precio. Más barata o más cara, nosotros hemos de estar dispuestos a que nos cueste lo mismo.

En todos los frentes del Centro la llamada entusiástica enardece el destino resignado de los milicianos. Se les había llegado a formar una mentalidad peligrosa y falsa. Malas derrotas habían forjado su decisión acoquinada y sombría. De los solventes, de los templadores del acero proletario, de las fraguas con aliento social y perspicacia histórica, les llegó la ducha de la responsabilidad y de la conducta enderezada. Ahora, el

refuerzo mecánico, el complemento para la victoria, ha de tensar en vez de enervar los músculos del arrojo.

Así lo explica este camarada, comisario político, al



grupo atento de su compañía.

Le oyen afanosos, entre guiños de cerrojos y palpitante veloz de las ametralladoras.

—Hay que ir adelante, sin más confianza que la de nuestro propio valor, nuestro fusil y nuestra voluntad. Los soldados del pueblo no retroceden. Nadie debe confiarse en los tanques, en la artillería o la aviación. Vamos a pelear contra hombres, contra nuestros enemigos. Nosotros los tenemos que aniquilar, sin remedio. ¡Adelante, obedientes a las voces del mando! El mando sólo puede ordenar los avances o la detención. Salirse de estas órdenes es convertirse en un traidor y un cobarde. Y a los traidores y a los cobardes, en la guerra, se los fusila.

Forman la compañía. Disciplinan la distancia. La costumbre de amagarse en los parapetos les hace marchar a cubrir una avanzadilla un poco inclinados. Palpita violentamente la ametralladora enemiga. Arañan el aire los proyectiles. Nadie hace un gesto. Se sigue impertérrito hasta donde quien debe y puede y sabe señale.

El oído, agudizado en el hábito de registrar todos los rumores, todos los silbidos de la guerra, percibe ese ronco ritmo de los aviones.

Prismáticos febriles atalayan el cielo. Brilla el fuselaje de las alas. Son blancas, con esa blancura gris del aluminio.

—¡Nuestra aviación! No hay nada que emocione y aliente tanto como ese trazo de los aviones leales sobre las miradas vigorosas de los soldados. Se les vitorrea, se les empuja a gritos. Ya no estamos solos, sin más defensa que nuestro tesón

pegado a la tierra, cuando la aviación de Italia o Alemania incendiaba nuestros campos, buscaba la carne española, descendía con las agujas ardientes de las ametralladoras a hilvanar de tiros a nuestros milicianos.

Hoy palpitan en los cielos de guerra máquinas defensoras de los intereses de esas manos callosas que les dieron vida. Salieron del corazón proletario animadas por la cólera de sus forjadores. Su lucha es concorde con su origen. La aviación se funde enérgicamente a la batalla que las masas populares tienen empeñada con sus sojuzgadores. Ataque aéreo y terrestre, hombres del aire y de la trinchera, en bloque de fuego, emprenden el camino de la victoria definitiva.

También la tierra se estremece bajo la respiración



forzada de las orugas metálicas. Otra síntesis concorde de las máquinas y hombres. En una misma línea, la máquina, que agotaba al obrero ayer, le cubre con su mole estremecida y le invita a que dé fin de las plagas dominadoras de ambos. En arrollador empuje, las huestes de amasijo fascista se verán devastadas, arrolladas por la ola inmensa del pueblo en armas. Este será el principio del fin.



Por dificultades en la adquisición de papel nos hemos visto precisados a publicar el presente número con ocho páginas.

Desde el próximo sábado, ALTA VOZ DEL FRENTE se publicará con dieciséis páginas, al precio de veinte céntimos.

Jamás se ha exhibido la diplomacia europea con tanta hipocresía como acaba de exhibirse en Londres. El Comité internacional de "no intervención" ha trocado el destino de su existencia. En vez de controlar la neutralidad de los interencionistas, se ha concretado a no intervenir en la intervención. Las pruebas de la ayuda fascista a los facciosos, recogidas por el Ministerio de Estado español, aunque han logrado convencer al mundo de la intervención fascista, no han conseguido perturbar la dulce impasibilidad de los Gobiernos francés e inglés. Ninguno de éstos, según el acuerdo de la última reunión del Comité, ha considerado probadas las culpas de Italia, Alemania y Portugal.

Los españoles a los que están matando los aviones "Junkers" y "Capronis" no pueden ser, claro es, de la misma opinión. O, por lo menos, no pueden tener la misma desconfianza de lord Plymouth. Para ellos y para nosotros, y para todos los hombres honrados del mundo, los aviones fascistas, así como las ametralladoras y los tanques de la misma procedencia, están ahí, visibles, sembrando la muerte en las tierras de España. Pero Inglaterra y Francia no han querido enterarse. Mientras los disparos no hieran a sus propios pueblos, mientras las violaciones de derecho de gentes no ataquen a sus propias gentes, no hay, para la diplomacia francobritánica, herida ni violación visibles. Cuatro diplomáticos, reunidos en Londres, certifican que centenares de españoles acribillados por la metralla, centenas de mujeres y niños destrozados por los bombardeos aéreos, no son prueba suficiente de la intervención fascista.

Todo esto parece una burla de Offenbach. El cuadro de una tragedia griega, ilustrado por los sarcasmos de un humorista. ¿Cuántos miles de vidas son prueba suficiente para un diplomático francés o inglés? La imaginación francobritánica, en comandita, sólo ha discurrido, para salir del trance, el ardid, más grotesco todavía que su descreimiento, de enviar una Comisión de observadores a las costas españolas. ¿A qué costas? La severa negativa de la U. R. S. S. impidió que los representantes de Francia e Inglaterra concretaran la proposición. Tal vez habrían propuesto enviar los observadores a las costas de Levante.

Lo único inadmisibles en Londres era enviar los observadores a las costas portuguesas, al puerto de Lisboa, al propio sitio por donde entran con absoluta libertad los envíos de armas fascistas. Los diplomáticos de la "no intervención" no creen en las denuncias españolas y soviéticas. Si creyeran en ellas, si se les presentasen las pruebas, asumirían, como dijo el señor Deibos, la enérgica actitud correspondiente; pero en cuanto se les propone el medio de comprobar la veracidad de las acusaciones, se niegan a aceptarlo. El Comité se formó precisamente para impedir la intervención; sin embargo, nada le infunde más temor que tener que impediría.

Francia e Inglaterra quieren cerrar los ojos hasta que pase el peligro. Les importa poco que el fascismo aniquile al pueblo español y se apodere de las posiciones estratégicas del Mediterráneo occidental y del Norte africano. Ninguna de las dos potencias puede estar de acuerdo, naturalmente, con los progresos bélicos del fascismo. Para las dos constituyen un peligro cierto e inmediato. Pero el miedo a la guerra ha creado una psicología. Por miedo a la guerra los gobernantes demócratas han adoptado la táctica de perder posiciones. La única preocupación es la de retrasar lo más posible los combates decisivos, aunque el enemigo vaya ganando, a través de la conquista sucesiva de posiciones estratégicas, el mayor porcentaje de probabilidades para la victoria final. Que el fascismo se apodere de los mejores reductos, que atropelle la libertad de los pueblos, que invada las regiones desmilitarizadas, que desconozca y se burle de todos los Tratados; pero que Francia e Inglaterra no se vean en peligro de tener que movilizar sus ejércitos y acaso en el más grave aún de combatir.

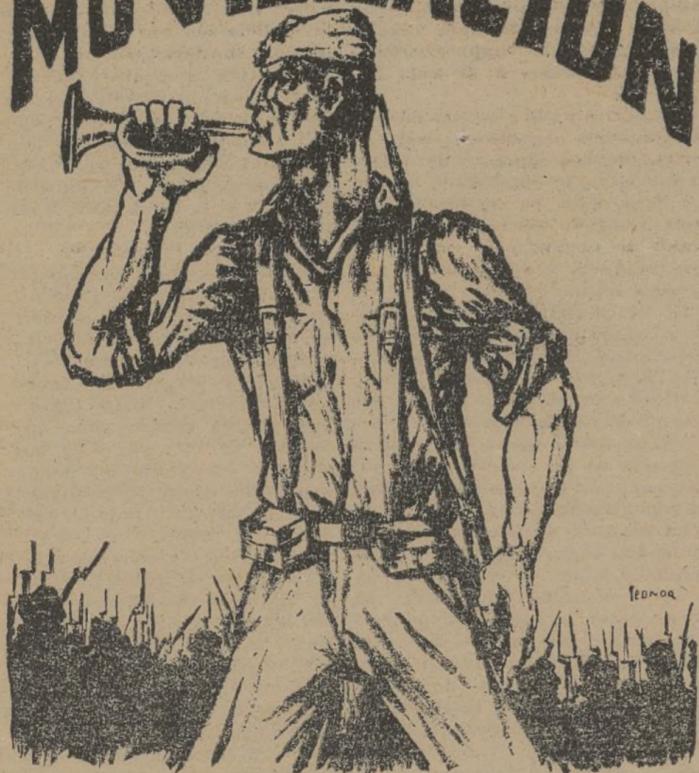
Inglaterra necesita tolerar un año más las audacias y desmañes fascistas para terminar la realización de su programa aéreo. Lo que pueda hacer dentro de un año con sus escuadrillas, cuando Italia y Alemania se hayan atrincherado en los principales pasos del mundo y en las posiciones dominantes de las rutas marítimas, no les inquieta mucho, por lo visto, a los actuales ministros. Una cierta clase de políticos europeos no conocen otro procedimiento que el de huir ante el peligro inmediato. Estos políticos están siempre preparados a doblegar a las amenazas. Ha bastado que el fascismo les aturdiere con su fanfarronería para que M. Blum se echara atrás. Es la propia psicología sobre la que siempre han especulado los barateros de barrio.

Pero la suerte de Europa no se decide con desplantes ni se entrega con timideces de solterona. La actitud de la Unión Soviética ha impuesto a todos los pueblos la obligación de defender firmemente la paz y la democracia. Después de su enérgica ruptura con el Pacto de no intervención y de sus sostenidas acusaciones a los Gobiernos fascistas, Francia e Inglaterra podrán seguir meciéndose sobre sus vacilaciones y sus hipocresías; pero la suerte está echada. Alemania, Italia y Portugal saben ya que una de las potencias más poderosas del mundo no está resuelta a tolerar los crímenes fascistas. Si las otras potencias los toleran, ella, como lo indica su actitud en Londres, se decide a reprimirlos. Los Gobiernos fascistas han sentido inmediatamente la severidad del acto. Esta vez no se han atrevido a responder con el acostumbrado desplante. Pero el caso no termina aquí.

Quieran o no quieran Francia e Inglaterra, la guerra está comenzando. ¿Cómo va a responder el fascismo a la actitud soviética? El silencio que guarda hasta ahora indica que se ha dado cuenta de que no está ya jugando con las debilidades y tolerancias de Blum ni con las hipocresías de Plymouth, sino ante una fuerza consecuente y dura: ante la verdadera fuerza de la democracia, de la paz y la libertad de los pueblos.

Las mujeres madrileñas se disponen a ocupar su puesto en los momentos de esta guerra

MOVILIZACIÓN



Tranvías, comercios y oficinas quedarán bajo su responsabilidad

Las mujeres madrileñas han respondido plenamente a la provocación fascista intentando cercar Madrid incorporándose más decididamente—si cabe—que en los primeros momentos de la lucha a la movilización general.

El Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo lanzó últimamente un nuevo llamamiento a la mujer para que, alistándose en sus filas, estuviesen dispuestas para suplir a los hombres que habían de ser movilizados en las industrias y comercios de la capital, y de esta forma asegurar la marcha normal de todas las actividades.

Quince oficinas de alistamiento funcionan todo el día sin descanso

En los diversos distritos de Madrid y sus afueras están instaladas las diversas oficinas que, dependientes del Comité Central de la calle de Villanueva, realizan la labor de alistamiento. Todavía no han podido precisarme los datos exactos, la

cifra total de mujeres que han acudido a este alistamiento; pero puedo decir que es de centenares.

La mujer de la clase media se ha incorporado a la acción

La mujer de la clase media española, la que llevaba una vida de anhelos ocultos y de dudas constantes, ha encontrado la directriz que definiera estas dudas. La descripción de la barbarie fascista, el comportamiento austero de los hijos del pueblo, la han decidido, y el instinto certero sobre la justicia les ha llevado a nutrir estas listas que para los trabajos de guerra han formado las mujeres antifascistas.

Yo me he encontrado un grupo en la escalera que conduce a una de estas oficinas. Bajaban en conversación nerviosa, pero sensata. He preguntado, por hablarles, «dónde estaban las Mujeres Antifascistas». Ellas me han contestado, orgullosas de sentirse algo más de lo que hasta aquí habían sido: «Aquí es; somos nosotras.»

Coraje y deseo de aplastar al fascismo

No hay medio de quedar en casa cuando el hermano,

el padre, el amigo, han empuñado el fusil. Hay que ayudar a los hombres para que rápidamente se aplaste al fascismo. No hay miedo que les haga recluirse en fanáticas invocaciones. Ha y coraje y voluntad de lucha, de defenderse contra los que quieren aplastarnos. Ese es el espíritu de las mujeres que acuden para alistarse. La quietud, la pasividad, no la comprenden... La mujer madrileña hace honor a su historia.

Los obreros de la Compañía de Tranvías han pedido, para suplirlos, dos mil mujeres

Magnífico ejemplo el de estos obreros de la Compañía de Tranvías. Es preciso empuñar el fusil, y son dos mil hombres muy necesarios para la lucha en los frentes. No les asusta que sus puestos los ocupen las mujeres. La guerra es la guerra, y como tal hay que vivirla. Cambiar el cajetín de billetes por la cartuchera, y la cartera por el máuser. Manos de mujer cuidarán de la economía. Las manos del hombre, de la seguridad de la patria, de aplastar a las hordas fascistas invasoras. Y entre los dos tejerán el futuro de paz y libertad.

Unas quinientas mujeres serán incorporadas inmediatamente

Para el viernes se tenía pensado por el Comité de Mujeres Antifascistas que se podrían llevar quinientas mujeres a comenzar su preparación para actuar en los tranvías, y en plazo de horas serían enviadas las suficientes hasta el total de las dos mil que han indicado los obreros. Después seguirá la organización con los dependientes de comercio y de otras industrias hasta el acoplamiento total que las necesidades exijan.

Pronto, muy pronto, las mujeres estarán en sus puestos de combate, en la ciudad, contra el fascismo y por la República democrática.

¡Y una se siente tan contenta de ser mujer y madrileña!

Margarita ANDIANO

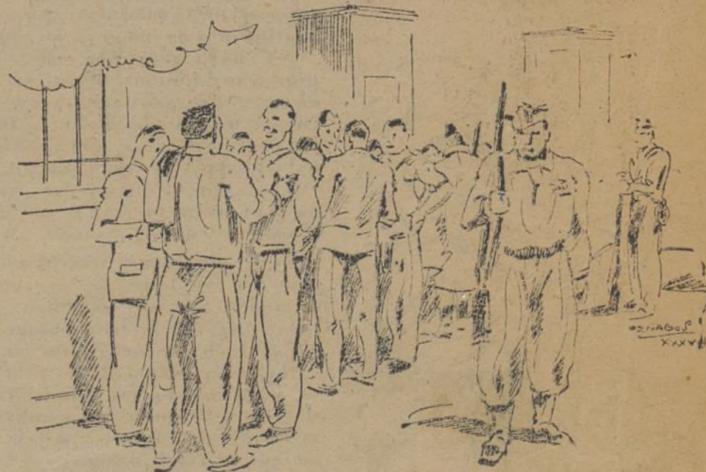
El mejor camarada

¡Aquí estoy!
¡En mi puesto!...
En la avanzada; de día, canto;
de noche, callo y observo.
Tengo aquí al mejor camarada:
¡con esa condición me lo dieron!
Pueden vivir confiados
aquellos que defienden:
—mi madre, mi padre,
los hermanillos pequeños
y aquella
que sueña el hogar al regreso—
porque partí cantando,
voluntario de este EJERCITO.
Mi vieja lloraba y sonreía,
mezcla de pena y contento;
el viejo, envidioso de mis años,
con su mayor tono enérgico:
«¡Tráete enredados en el fusil
la paz y el progreso!»
Los chiquitines: «¡Salud, camarada!»
El puñillo en alto, prieto;
ella, más egoísta,
entre una lágrima y un beso,
trémola la voz:
«¡Que vuelvas!... ¡Te espero!...»

¡Cómo no voy a cantar
como los pájaros mientras veo
y vigilo, sin ver en la noche
el menor movimiento,
si voy a llevar la paz
—como dijo el viejo—
entre mi mejor camarada
y los dedos!

Aquí estoy, cantando,
porque recuerdo
que entre esos fascistas
y aquellos que quiero
está la barrera de mi fusil
y mis músculos nuevos.
¡No temáis! ¡Cantad y trabajad,
que yo acecho!
¡Vale más que no os profanen
que mi vida, si yo muero!

A. RIO CAMPRIT



UN ARTICULO DE LUDWIG RENN

Por qué me hice comunista

Ludwig Renn, soldado alemán en la guerra europea, autor de los dos grandes libros famosos: «Guerra» y «Postguerra», escribió en 1933, en las cárceles nazis, un artículo de declaración de fe, que por su actual interés reproducimos.

Hoy, el famoso escritor y luchador antifascista se encuentra en los frentes de combate recogiendo la epopeya que está esculpiendo nuestro pueblo para lanzarla al mundo en futuras publicaciones.

No soy ya completamente el Ludwig Renn de mi libro. Salgo de una familia noble de funcionarios y de oficiales. Mi madre nació en Moscú, de familia alemana. Ella me enseñó el ruso. A través de ella empezamos a interesarnos por las cosas rusas, tiempo antes de tener una idea clara de los gobiernos y de las naciones.

Mi hermano y yo éramos enfermizos. Crecimos con dificultad. Mi infancia se me presenta como una fila de insomnio y de fiebre. A los seis años no me aceptaron en la escuela, y a los once, el profesor dijo a mi padre: «Este niño no tiene disposición para el estudio».

Desde los once años empecé a progresar. Iba notando que no era tan tonto. Siempre fui observador, pero nunca me atreví a comunicar a otro mis observaciones. Tuve dudas religiosas que sólo conocía un amigo mío con quien erraba por los bosques. Hablábamos mucho y escribíamos versos. En estas oscilaciones mentales agoté el resto de mis años de escuela. Mi espalda era débil. Me dolían los músculos y me iba encorvando. Necesité sobreponerme y ser valiente. Un día planteé a mi padre un deseo: «Quiero ser oficial».

Ingresé como suboficial en el regimiento de Granaderos de la Guardia, número 100.

¿Qué sabía yo entonces del pueblo? Había tratado criados y sirvientes, artesanos, gente más o menos a nuestro servicio, a quienes tratábamos con superioridad, sin tener conciencia de lo que hacíamos. Ahora, por el contrario, los tenía cerca y los escuchaba. Creía yo que eran groseros, pesados, y que rara vez se lavaban. Pero no era así; se interesaban por otras muchas cosas. Su amistad y su odio eran espontáneos. Aprendí entre ellos a ser natural, y comprobé que serlo no era vergonzoso.

La influencia fué tan fuerte, que hablé de ello a mis amigos.

Me escucharon amablemente y no me hicieron caso. Así viví ocho meses, hasta que ingresé en la Escuela militar de Hannover.

Mi relación con los soldados había sido tan cordial, que casi llegué a ver en el servicio militar un paraíso. El desengaño me tenía que costar muchos dolores. Pensé que sólo sucedían cosas tan arbitrarias en Prusia, y que en Sajonia, donde los oficiales recibían una educación mejor, serían diferentes.

Cuando terminé los exámenes volví a mi regimiento y fui nombrado teniente.

En mi compañía estaba un oficial que pretendió hacerme andar derecho. Cada mañana, al llegar al patio del cuartel, insaltaba a gritos al ayudante. Tantos gritos daba, que se asomaban los enfermos. Yo me esforcé por aprender a enfadarme de aquel modo, pero nunca alcancé la perfección de mi capitán.

Y estalló la guerra...

Entonces me pareció que todos los oficiales eran la encarnación viva del deber y del heroísmo. Mi capitán de la reserva, que siempre estaba borracho, repelía: «Esos franchutes van a ver». Pero sus proezas se resolvían en palabras, y se fué a un pueblo seguro, lejos de las trincheras.

Recibí el bautismo de fuego en la aldea belga de Dinan. Tirábamos contra las casas. Un año más tarde se comprobó que los disparos no habían partido de allí, sino de la otra orilla del río. Cuando entramos en la aldea, en aquella primera ocasión, organizamos una verdadera matanza de pacíficos habitantes.

Otro día, una hermosa noche, nuestra cocina se paró cerca de un montón de cadáveres. Un oficial medio borracho me gritó: «Ven pronto. Hemos encontrado cerveza.» En aquel momento uno de los cadáveres se movió. A la luz de un incendio vi cómo una cabeza llena de sangre se incorporaba. Era una cabeza de mujer.

—Ven, es un día bueno para nosotros.

—¿Quién ha matado esa mujer? Levantó los hombros y siguió su camino adelante.

La cabeza miraba fija; se apoyó contra el brazo de un muerto y descansó. Un general, a poca distancia, consideraba sus trofeos.

El resultado de mis angustias fué una descripción de la guerra en 3.000 páginas.

De pronto, en aquel ámbito de descontento y de locura, me sentí tranquilo. Tenía la sensación de que en medio de la metralla todos aquéllos me seguían. ¿Por qué? No podía comprenderlo. Me sentía ligado a su suerte de una manera absoluta.

Las pérdidas llegaron a tener proporciones colosales; pero el sentimiento de unión no se rompió.

¿Y nada más que eso?, preguntarán algunos. Para mí era enorme. Ese sentimiento me descubrió un mundo distinto. Hasta entonces, yo había sido individualista, dudaba de todo. Luego, por el contrario, sentí que me rodeaba una gran fuerza, y mi único deseo fué volverlo a sentir. Me notaba en un lugar más luminoso; pero no me libré de las contradicciones que me rodeaban, hasta que un día la gran comunidad del trabajo me marcó mi puesto.

Hasta la Navidad de 1914 tuve a mi mando una compañía en el frente. Después me nombraron ayudante del coronel y dejé a mis amigos de las trincheras.

La vida de las trincheras es horrible. Falta protección, hay humedad, barro, ratas, guardias agotadas, transportes perpetuos por caminos intransitables, bajo la luz deslumbradora de los cohetes. Nada de esto sabían ni el coronel ni los emboscados en retaguardia. Algunos pensaban que el soldado debe estar siempre trabajando para no reflexionar en el horror de su suerte.

Empezó mi lucha en el periódico del regimiento. Allí no se decían dos palabras de verdad. Ni siquiera se contaba la desertión de un comandante que, con toda su compañía, se había pasado a los franceses. Ensayé introducir alguna verdad. Imposible. Pero me prometí a mí mismo escribir algún día la verdad de la guerra.

Era ya en 1917. La palabra «bolchevismo» había llegado a nosotros. «Son ideas subversivas que nos vienen de Asia», decían despreciativamente los oficiales. Entonces se empezó la propaganda para inculcarles la necesidad de seguir la guerra.

Y entré mi regimiento en un combate importante. Durante mucho tiempo habíamos oído el cañoneo, pensando: «Nos tocará a nosotros?» Pero cuando nos encontramos en medio de las balas, esa impresión desapareció. Bajo la influencia directa de las cosas, el deber hacía mis subordinados se convirtió en el único estímulo de mis actos. Esto caracteriza mi libro «Guerra».

Los oficiales seguían considerando con frivolidad la idea de revolución. «¿El socialismo? Palabrerías.» Pero a mí me parecía extraño que tantos hombres leales fuesen socialistas. Poco más o menos, yo me figuraba el socialismo como una religión de gente pobre, cuya gran felicidad consistía en desfilar por las calles agitando bandos rojos. En cuanto al bolchevismo, lo juzgaba peligroso y distinto en absoluto del socialismo.

Y empecé a interrogar a mis subordinados. Había una cosa en la revolución que respondía a mis deseos: la renuncia a la Iglesia y al Estado. Ya mucho antes de la guerra los oficios religiosos me indignaban profundamente. Otra cosa que me acercó a ellos fué la lucha contra los oficiales. Esos oficiales que decían, ahuecando la voz: «La palabra de un oficial es sagrada.»

Para mí, esta lucha se terminó en 1920, cuando la Policía sajona, a la que pertenecía, me obligó a pedir el retiro por motivos de salud.

No comprendía bien los acontecimientos: frente rojo y socialdemocracia burguesa me eran igualmente ininteligibles. A los que lean estas líneas he de hacerles recordar que nuestra Prensa presentaba a los comunistas como una banda de criminales furiosos. Era libre. Estudié Derecho, Economía, Comercio. Trabajé la tierra. Recorrí a pie Italia, Grecia, Egipto. En Viena aprendí Historia del Arte. No hallé reposo. Buscaba algo que no podía precisar.

El 15 de julio de 1927 fui testigo de la represión sangrienta organizada por la Policía vienesa. Después cayó en mis manos el libro de John Reed «Diez días que conmovieron el mundo». Esa era mi salida. Los comunistas saben querer y saben lo que quieren.

Se preguntan a veces: Ludwig Renn, ¿puede ser comunista? Necesito una meta. El mundo burgués no puede dármele ya. El frente proletario tiene un fin que rodea la tierra.

Una película sobre la lucha antifascista

«KARL BRUNNER»

«Karl Brunner» es un nuevo film soviético consagrado a la lucha antifascista de los revolucionarios de Alemania.

Este film debe su interés a las ideas que evoca y a su concisión artística: un corto episodio hace aparecer toda la ferocidad bestial del régimen fascista; pero este film nos hace admitir también la voluntad inflexible y el valor de la Alemania revolucionaria, de sus simples combatientes, reducidos a la vida ilegal.

Pocas o ninguna escena de manifestaciones de masas; sólo la puerta de las cámaras de tortura fascistas se entrecierran un poco; pero esto es bastante para mostrar todo lo que hay de cruel, de absurdo, de obtuso en este régimen, y de atizar un justo odio respecto a él.

El héroe del film, Karl Brunner, es un muchacho de once o doce años, hijo de un comunista. Hagamos justicia al joven Lenia Fecetchko, que ha sabido desempeñar brillantemente su papel y ha sabido ganar la ardiente simpatía de los espectadores por su gesto natural, su simplicidad, su espontaneidad.

La historia de Karl es simple; es bastante corriente en la Alemania actual; al volver de la escuela el niño encuentra su casa destruida y saqueada.

Su madre ha logrado salvarse, advertida por un camarada, un vecino, que al precio de su libertad ha retenido a la banda de policías en la escalera, haciéndose el borracho.

Es casi imposible hacer conocer a Karl lo que ha pasado: el niño alienta la esperanza de que él será el incentivo para que su madre vuelva. Un camarada de Karl, después de builar la vigilancia del policía, le dice al oído que huya, Karl no se lo hace repetir dos veces; los policías corren a darle alcance; pero el muchacho, ágil, se les escapa.

Las escenas que siguen nos hacen conocer la vida de la calle de una gran ciudad de Alemania. La noche cae y un largo calvario comienza para Karl. Buscando a su madre entra en toda suerte de rincones desconocidos, y penetra hasta en una prisión, donde ve por uno de sus ventanillos cómo los hombres son apaleados. Lleno de terror prosigue su marcha. Hele ahora en un jardín público. Parados, sobre los bancos, tiemblan en la humedad de la noche; un silbido del agente los caza. Karl encuentra al fin un abrigo sobre una capa de hojas, bajo un banco. Por la mañana el barrendero lo despierta.

Un muchachito está a punto de convertirse en un vagabundo. Por azar, María, una vieja amiga de su madre, la ve en la calle; es cocinera en casa de un nazi destacado; lleva al niño con ella, haciéndole pasar por un so-

brino llegado de su pueblo. «Señora, puede usted estar tranquila; es un ario de pura raza», dice a su patrona al presentarle a Karl. El alegre muchachito le gus. Le da una librea flameante; en lo sucesivo reemplaza a la ayuda de cámara.

María no desempeña más que su trabajo de cocinera en esta casa. Desde hace algún tiempo, la Policía secreta está intriguada porque muchas proclamas revolucionarias son distribuidas en sobres con membrete del partido nacionalsocialista. Gracias a esos sobres penetran en las fábricas y en el Ejército. María coge estos sobres del buró de su patrona y la madre de Karl los lleva a la ciudad.

Un primer encuentro de la madre y del niño tiene lugar en la casa del nazi. Karl saca fuerzas de flaqueza para no arrojarse a sus brazos. Es un episodio profundamente emocionante.

Pero el secreto no tarda en ser descubierto. Karl logra prevenir a su madre para que no penetre en la casa, y él huye a su vez, escapando del mayordomo, furioso, que le persigue lanzándole patatas, remolachas, cacerolas y platos.

Los amigos conducen a Karl y a su madre en un furgón que sirve para el transporte de pan, llevándolos a otro lugar de acción clandestina. El film termina con esta escena, y este desenlace nos dice: la lucha continúa.

A pesar de su carácter de film de aventuras, «Karl Brunner» es una obra rica en ideas. El autor del escenario, que ha asumido igualmente la dirección artística de esta bella producción, es Bela-Balas, cineasta de talento, autor de varias obras teóricas sobre la cinematografía y de un libro muy conocido: «El hombre invisible». El ha probado en este film su conocimiento perfecto de la vida y de la situación en la Alemania fascista. Ha sabido elaborar un sujeto que mantiene continuamente el interés del espectador.

Los estudios Ukrainfilm han dado prueba de mucha ingeniosidad. El colorido y la atmósfera de la gran ciudad alemana están reproducidos fielmente. Los exteriores y las escenas filmadas en estudio revelan un cuidado inteligente.

La sonorización de toda suerte de entonaciones delicadas de la voz, y particularmente de las voces infantiles, así como los silbidos, los murmullos y los sollozos.

Este film, especialmente destinado a los niños, es visto también por los mayores con mucho interés.

L. BATY



Leed el próximo sábado
 «ALTAVOZ DEL FRENTE»
 16 PAGINAS, 20 CENTS.

Actividad del "Altavoz del Frente"



Un momento de "La conquista de la Prensa", de Irene Falcón

Ya es popular la labor propagandista y agitadora del ALTAVOZ DEL FRENTE. Diariamente se inician nuevas tareas colaboradoras en la lucha civil, utilizando los amplios medios de divulgación y cultura, antes privilegio de unas castas traidoras y expoliadoras.

EMISION DE RADIO

Con la semana entrante se iniciará desde el micrófono de Unión Radio, en la emisión del ALTAVOZ DEL FRENTE, una campaña de solidaridad internacional con el pueblo español. Cada día de la semana será dedicado a un país, con música y oradores de cada una de las naciones. El lu-



Fachada del Teatro de Guerra del ALTAVOZ DEL FRENTE

AÑO I

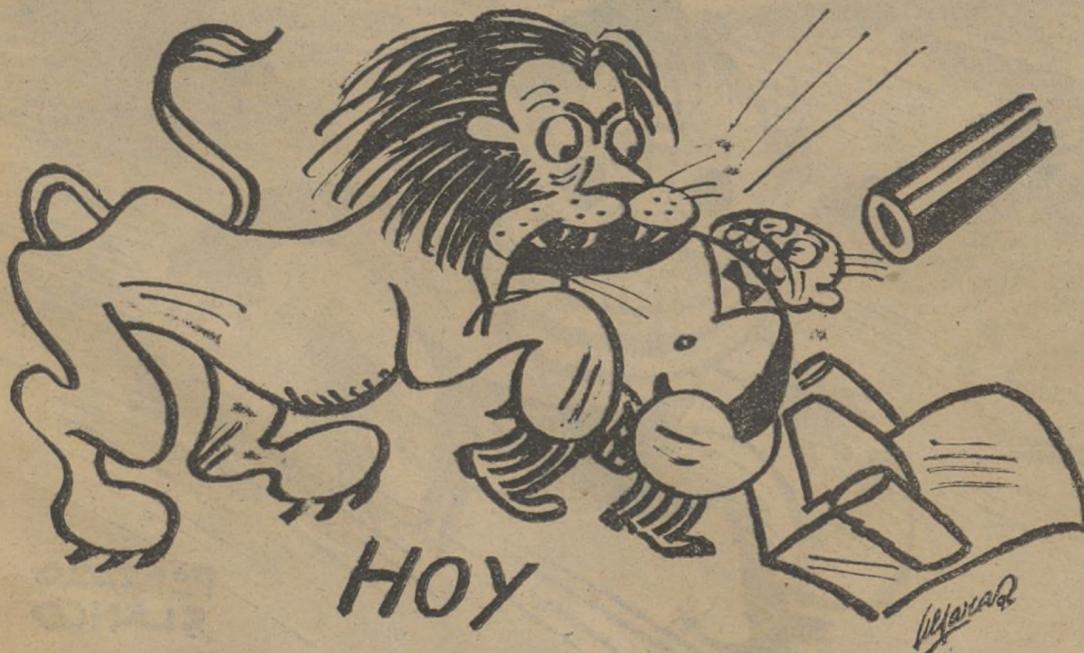
31 DE OCTUBRE DE 1936

NUM. 3

"ALTAVOZ DEL FRENTE"

REDACCION Y ADMINISTRACION: ALCALA, 62, MADRID. TELF. 16282

EL LEON HISPANO



nes se iniciará la campaña, hablando el camarada César Falcón. Francia, Inglaterra, Méjico, la China revolucionaria, los propios países fascistas—en representación, claro es, de sus masas antifascistas—y la U. R. S. S. desfilarán con sus verdaderos representantes por el micrófono. El mundo entero verá desfilar la verdadera solidaridad mundial con la democracia española.

EXPOSICION DEL "ALTAVOZ DEL FRENTE"

Desde el próximo domingo, la exposición del ALTAVOZ DEL FRENTE se abrirá al público completamente renovada y superada artística y políticamente. Uno de los rincones del salón será ocupado por magníficos carteles soviéticos relacionados con la campaña de solidaridad que el pueblo del socialismo está realizando en defensa de la batalla antifascista.

AGITACION Y PROPAGANDA

Las necesidades de organización y de unificación ideológica del prebto en armas necesita rápidamente una serie de orientaciones político-militares que alcance la armonización en la movilización y en los trabajos de retaguardia que recojan la inmensidad de iniciativas y fuerzas de guerra. El ALTAVOZ DEL FRENTE, recogiendo esta necesidad, va a iniciar una campaña que comenzará el próximo lunes. Todos los días dará un mitin tratando cada uno de los aspectos de la lucha, que culminarán en un acto central en la Zarzuela.

TEATRO DE CUERRA

Próximamente será renovado el programa del ALTAVOZ DEL FRENTE con nuevas obras de gran sentido antifascista. "Hombres al frente", por Braulio Iglesias, y otras de sumo interés revolucionario, serán los exponentes del nuevo teatro del pueblo.

CINEMA

La Sección de Cinematografía ha rodado dos reportajes sobre la

defensa de Madrid y las manifestaciones en las calles.

En brev comenzará el rodaje de un importante reportaje sonoro :-:

La Sección de Cinematografía prosigue su actuación, encaminada al logro de un archivo de los históricos momentos que vivimos. Al lado del servicio de proyección, en distintos pueblos cercanos a Madrid, cuarteles y otros locales, los operadores-tomavistas de la Sección han rodado un interesante documento sobre la defensa de Madrid, y otro reportaje sobre manifestaciones y actos de agitación llevados a cabo durante la pasada semana.

En el reportaje de la defensa de Madrid se dan notas interesantísimas y se ofrece nuestra ciudad en todo su aspecto de grandeza, merecedora del impulso que sus habitantes pongan en defenderla de la codicia de los fascistas.

En las notas de agitación figura, entre otras cosas, la grandiosa manifestación de mujeres que recorrió Madrid llevando al frente a nuestra camarada "Pasionaria".

En la semana próxima quedarán realizados otros reportajes de las últimas operaciones en el frente del Centro, y se comenzará un interesantísimo documental sonoro, para cuyo logro se han reunido importantes elementos técnicos.





PEDRAZA
BLANCO